

bastan estas prendas para que sus elogios sean perfectos modelos de eloquencia panegirica, y aún estas mismas se hallan obscurecidas por defectos tal vez mayores. Falta un plan bien meditado, el orden de las cosas, el enlace de las ideas, la exactitud de los pensamientos, la variedad de las expresiones, y la propiedad y proporcion en el todo. La ansia de filosofar, y el deseo de formar quadros filosoficos é historicos, le enagena de modo que jamas sabe contenerse en los justos terminos, y se pierde en inútiles digresiones. Quiere decir que d' Aguesseau trabajó en la reforma de las leyes de Francia; y para ello habla de las leyes romanas, del gobierno de los Barbaros, de los reglamentos eclesiasticos, de Carlo-Magno, de San Luis y de otros muchos, y finalmente despues de muchas paginas viene á decirnos en pocas lineas no tanto lo que hizo d' Aguesseau, quanto lo que no pudo hacer. Para dar á conocer el merito de Cartesio, ¿ quanto mejor no hubiera sido explicarnos con mas claridad los pro-

progresos que él hizo, que recorrer los egipcios, los indios, los griegos, los romanos y los arabes, y formar una superficial é inútil historia de la filosofia? A que fin emplear dos paginas en pintar lo que hubiera visto el Delfin en sus viages, para decirnos despues que no viajó? Y de este modo en todos sus elogios los preliminares, las digresiones, las exágeraciones y las superfluidades ocupan la mayor parte, y queda poco lugar para dar á conocer los sugetos alabados. Todas quantas reflexiones se presentan á su mente, y quantas expresiones le vienen á la imaginacion, todas las mete en sus elogios, sin cuidarse de la conveniencia ni de la verdad. Despues de haberse leído el elogio del Delfin solo se sabe qual es el modo de pensar de Thomás sobre la educacion de los Príncipes, no qual haya sido realmente el Delfin. Y para alabar á Sully, á Cartesio y á los otros heroes, se vé que el autor busca las expresiones que le parecen mas brillantes, no las verdaderas y aptas para expresar las acciones y el ca-

character de las personas alabadas. Frases hinchadas, inesperados apostrofes, frias exclamaciones, y aquellos afectos intempestivos, que hacen el estilo *parentyrso*, segun la expresion de Longino (a), forman la mayor parte del decantado sublime y patetico de los elogios de Thomás. El uso importuno de voces técnicas, y de metáforas y frases tomadas de las ciencias, forman su language confuso y obscuro, y hacen una ininteligible xerga, que ennoblecida por la célebre pluma de Thomás se va introduciendo de dia en dia en la moderna eloqüencia. Leanse á un tiempo los elogios de Cartesio y d'Aguesseau, con los de Newton y Leibnitz compuestos por Fontenelle, y si aparecen mas grandes los heroes literarios de Thomás, y se saca mayor instruccion y mayor gusto de sus elogios, alabese en horabuena quanto se quiera su panegirica eloqüencia. Pero si Newton y Leibnitz se me presentan en sus verdaderos y nobles semblan-

(a) *De Subl.* III.

blantes en los quadros de Fontenelle, y no veo en los de Thomás sino atrevidos rasgos, y un conjunto de colores fuertes, que deslumbran los ojos del pueblo; si mientras leo y vuelvo á leer repetidas veces siempre con nuevo gusto y con mayor provecho los elogios de Fontenelle, no puedo resolverme á tomar segunda vez en las manos los de Thomás, dexaré á otros que aplaudan quanto quieran la eloqüencia de este, y me reduciré con algunos pocos á llamarla hinchada y declamatoria, y en vista del aprecio en que están tenidos de muchos sus elogios, temeré haber de reconocer á Thomás por el Seneca de nuestros dias. No hablo de los elogios de la Harpe y de varios otros, por que son del mismo gusto que los de Thomás, y no han llegado á obtener la misma celebridad. Al presente el Marques de Condorcet, secretario de la academia de las ciencias, escribe elogios, que obtienen la universal aprobacion de los doctos, y el mismo habia escrito antes un pequeño volumen en que alababa á los
aca-

academicos, que no habian obtenido este honor de la pluma de Fontenelle. Pero si he de decir la verdad, sus primeros elogios me parecen algo languidos y debiles, para que se les puedan tributar muchas alabanzas; y de los otros que ha compuesto posteriormente, solo he leído algunos pedazos, que se encuentran en los diarios literarios, cuyos pasages son suficientes para hacernos ver que hay en ellos mas calor y mocion que en los elogios precedentes, sin aquel tono enfatico y declamatorio que suele reynar en otros; pero no bastan para que podamos formar una justa idea de su celebrada eloqüencia. Los elogios de Haller, de Lineo y de otros nos dan derecho para colocar á Vic-d' Azyr entre los buenos escritores de elogios, presentandonos con discrecion y sobriedad, y con inteligencia de las materias que trata, una justa idea de los heroes alabados, que es lo que se busca en los buenos elogios. Despues de los elogios franceses, no hablaré de los que han producido las otras naciones. La academia española ha oido
al-

algunos de Alfonso X, del Tostado y de otros nacionales, que realmente no carecen de buenas prendas; pero no tienen merito singular en la eloqüencia panegirica. La Italia está tan llena de elogios, que por su excesiva copia han llegado á fastidiar á las personas de gusto, y á excitar su bilis literaria; pero sin embargo salen á luz algunos pocos, que pueden merecer la indulgencia, y tal vez las alabanzas de los buenos críticos, aunque todavía no son tales que deban proponerse por modelos. Hasta ahora no sabemos qué especie de eloqüencia sea la mas propia para los elogios: algunos la quieren enteramente historica, y llena de anécdotas; otros llena de quadros y de reflexiones filosóficas; algunos sencilla y llana, otros sublime y patetica. Lo que prueba suficientemente que todavía no han salido á luz elogios, que sean verdaderos modelos dignos de imitarse, y que en esta parte hayan podido fixar el buen gusto: y antes bien el ver generalmente en estas composiciones tantos defectos, ha
he-

hecho que nazca entre algunos el temor de que los elogios sean por su naturaleza perjudiciales á la verdadera eloqüencia. Voltaire desaprobaba en un todo los elogios, y francamente decia que estos jamas formarán otra cosa que vanos declamadores (a). En los *Anales* de Linguet se halla una carta dirigida á él, en que se le dice, que se desea que una pluma tan energica como la suya se ponga de proposito á demostrar la inutilidad de los elogios, y aún el peligro de la institucion de tales composiciones; la decadencia del gusto, continúa diciendo, el estilo hinchado y rídículo, y la pueril debilidad, que distingue á casi todas estas producciones, prueban suficientemente que la verdadera eloqüencia nada gana con ellas. Yo tengo por muy cierto que la mayor parte de los elogios degeneran en declamaciones, y llenos de hinchazon y de puerilidades, acarrearán perjuicio á la solida eloqüencia; pero no por

(a) *V. Oeuvres du Marquis de Villette.*

esto quisiera que se desterrase enteramente su composicion. Los elogios pueden, y deben ser una parte muy importante de la verdadera eloqüencia; y si hasta ahora no se han hecho acreedores á la plena aprobacion de los doctos, esto lejos de retraer á los sublimes ingenios de componerlos, deberia estimularlos á ilustrar un genero de eloqüencia, que todavá no ha recibido el debido esplendor. Un elogio que haga conocer y estimar á un hombre digno de ser conocido y estimado, ciertamente deberá parecer agradable é importante hasta á los mismos críticos mas contrarios de tales composiciones. Para esto quisiera yo en el escritor un exácto conocimiento de las cosas que alaba, y que fuese militar el panegirista del militar, politico el del politico, matematico el del matematico; y que no se atreviese á hacer un elogio el que no pudiese conocer y apreciar debidamente los verdaderos meritos del sugeto alabado. Despues para hacerlos conocer á los lectores no vienen al caso pequeñas anécdotas y me-

nudas individuaciones, que serán á proposito para una vida, mas no para un elogio, no inutiles lecciones de moral y de política, no largos pasages de violentas sentencias y de importuna filosofia; sino que se requieren hechos distintos y característicos, que presenten el verdadero retrato del héroe que se alaba, animados talqual vez con sobriedad de alguna reflexión oportuna, nacida espontaneamente del curso de la oracion: y para hacer apreciar justamente tales hechos no es menester el aparato de quadros historicos y filosóficos, y las inutiles digresiones, que están tan en uso en los elogios, sino solo aquello que baste para mostrarlos en su verdadero semblante, y presentarlos en toda su heroycidad. En los elogios solo se busca conocer bien, y estimar justamente los grandes sugetos dignos de ser conocidos y estimados; y para esto ciertamente contribuirá mucho un estilo animado sin enfasis, sublime sin hinchazon, y adornado sin puerilidad. Pero baste ya de elogios, y demos fin á este libro de

la eloquencia examinando los progresos de la sagrada, que al presente es acaso la que mas nos interesa en esta parte de la literatura.

CAPITULO VII.

Eloquencia sagrada.

La Religion christiana hizo nacer una nueva especie de eloquencia, de la qual no se tenía aún idea alguna. Los oradores christianos, abandonando los negocios temporales, y dedicandose á los espirituales y eternos, elevaron á mucho mas alto honor el arte oratoria. Los Apostoles apenas recibieron el divino don del Espiritu Santo, quando corrieron á predicar por todas partes la religion christiana, y llevando en sus lenguas todo el fuego del Cielo, introduxeron una eloquencia mas vigorosa, toda celestial y divina. La destruccion de los idolos, la sangre de los martyres, el rapido progreso del christianismo, todo el mundo pos-

Eloquencia de los Apostoles.